

Yitró

03.02.2018
18 Shbat 5778

558

Argentina • Hevrat Pinto

Viamonte 2715 • 1213 Buenos Aires • Argentina
Tel: +5411 4962 4691
hevratpinto@gmail.com



México • Ohr Haím Ve Moche

OR JAIM VEMOSHE
Fuente de trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengan a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

18 - Rabí Biniamín Binash Finkel, Rosh Yeshivá de Mir.

19 - Rabí Shemuel de Selonim.

20 - Rabí Ovadiá Hedaya, autor de Yaskil Avdi.

21 - Rabí Yehudá Zeev Segal, Rosh Yeshivá de Manchester.

22 - Rabí Menajem Mendel, HaSaraf MiKotzk.

23 - Rabí Yehudá Rokéaj, el Admor de Belz.

24 - Rabí Shaúl Haleví de Vartira, Jefe del Tribunal de Ámsterdam.

Boletín Semanal Sobre la Parashá

PAJAD DAVID

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Jananía Pinto *shlita* Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto ztz"l y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto ztz"l



Maskil leDavid

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Jananía Pinto *shlita*, sobre parashat hashavua

El cumplimiento de la Torá con entusiasmo

"Y vosotros seréis para Mí un reinado de sacerdotes y una nación sagrada. Estas son las palabras que has de hablarles a los Hijos de Israel" (Shemot 19:6).

Cuando HaKadosh Baruj Hu quiso bajar la Torá al mundo y entregarla a los habitantes de la tierra, fue de nación en nación y les propuso que recibieran la Torá. Cuando los ignorantes le preguntaron qué estaba escrito en ella, Hashem les respondió, detallándoles los diez mandamientos. Cuando las naciones vieron que la Torá implicaba responsabilidad y obligación, le respondieron a Hashem negativamente, y rechazaron recibir la Torá. Al final, HaKadosh Baruj Hu fue donde los Hijos de Israel y, a pesar de todas las prohibiciones que contiene la Torá, aun así, la aceptaron y dijeron al unísono, con un solo corazón: "Haremos y escucharemos".

Esto es asombroso. En la época en la que Hashem descendió la Torá al mundo, todas las naciones de la tierra conocían Su reinado, y todas sabían de Hashem y sabían que el universo es Su obra; también las plagas con las que había azotado a Egipto todavía estaban frescas en sus memorias junto con el éxodo del pueblo judío y el milagro de la partición del Mar Rojo. Tomando todo esto en cuenta, la realidad de la época debería ser que todos le temían a Él, y que reconocían Su reinado en el mundo, como dice el versículo: "Entonces se aturdieron los capitanes de Edom; a los fuertes de Moav, los apresó el miedo; se derritieron todos los habitantes de Kenaan, etc.". Si fue así, hay una dificultad: ¿de dónde tuvieron las naciones el coraje de negarse a aceptar la Torá que Hashem les estaba ofreciendo?

Podemos responder a esta dificultad que, a pesar de que el reinado de Hashem era conocido y estaba ante los ojos de todos, así como la existencia de una casa demuestra que ésta tuvo un constructor, y una vestimenta demuestra que tuvo un sastre, incluso las naciones sabían en su interior que hay un solo Creador que gobierna sobre todo el mundo y que no hay otro más que Él. No obstante, aquí se encuentra la raíz del problema: las naciones, a pesar de reconocer el reinado de Hashem, no se entusiasmaron por ello. Ellos lo sabían bien desde el principio, pero ese conocimiento no penetró en sus corazones. A pesar de que en un principio estaban excitados, esa emoción se enfrió muy prontamente ya que no se molestaron en ir a ver cómo se condujo Hashem con el Pueblo de Israel en el desierto, de forma milagrosa.

Similar a esto, las naciones que existían en aquella generación no tenían que conformarse sólo con escuchar acerca de los milagros que les sucedieron a los Hijos de Israel, sino que tenían que levantarse de sus lugares e ir al desierto y observar de cerca al pueblo especial que estaba siendo conducido de forma sobrenatural y elevada. Si en efecto aquellas naciones se hubieran tomado la molestia de ir a ver y convencerse de la gran maravilla, necesariamente aquel conocimiento intelectual de la existencia de Hashem habría "bajado" y penetrado en sus corazones, y se habría convertido en entusiasmo, con

lo cual no se habrían negado a la proposición de Hashem, y habrían aceptado Su Torá.

Un día fui a un hospital en Jerusalem a visitar a un enfermo que había sobrevivido a un terrible accidente automovilístico, con tan sólo unas lesiones menores. Él me dijo que si sabía de alguien que quisiera conocer al Creador del mundo y creer en Su existencia que se lo refiriera a él, ya que él había visto la muerte ante sus ojos y sólo porque Dios existe y es Piadoso, él se salvó de la muerte.

Luego de pasado un tiempo, volví a encontrarme con aquel hombre y le pregunté si, como consecuencia del milagro de su salvación de la muerte, había empezado a ponerse tefilín, a lo que me respondió negativamente. Ante su respuesta, le pregunté: "¡Tan sólo hace unos cuantos días me dijiste que podías testificar que Dios existe y gobierna el mundo! ¿Cómo se concilian esas palabras con el hecho de que no estás cumpliendo los preceptos (mitzvot) que ordenó ese mismo Dios que atestigües que existe, particularmente luego de que merecieras ser salvado de forma milagrosa por Él, gracias a Su providencia?". Aquella persona no tenía cara con la que responderme, pues sabía que yo tenía razón.

Hay casos similares en los que las personas dicen que se ponen los tefilín sólo en Rosh Jódesh, o en algún otro día particular de la semana en el que el Rabino viene a ponérselos. Sobre esto, me pregunto: ¿acaso aquellas personas también se preocupan de comer sólo en Rosh Jódesh? ¿Acaso tienen limitaciones físicas —jas veshalom— que les impiden ponerse los tefilín solos, por lo que necesitan la ayuda de otra persona y esperan que venga el Rabino a ponérselos en aquel día de la semana? Pensé que quizá el motivo por el que se conducen de esa forma surge de la falta de sentimiento y entusiasmo en el cumplimiento de la palabra de Dios, que sólo cuando se les presenta la oportunidad para hacer una mitzvá —y les es cómodo— entonces la cumplen; pero si el cumplimiento de las mitzvot les ocasiona dificultad o incomodidad de algún tipo, aunque sea temporal, entonces las descartan con facilidad y escogen no hacerlas.

La persona que tuvo el mérito de que le acontezca algún milagro particular tiene la obligación de tomar de inmediato esa emoción que sintió al momento del milagro y "traducirla" a la acción. Ya que la naturaleza de la persona es acostumbrarse a toda circunstancia en la que se encuentre, incluso la emoción más fuerte que haya sentido en algún momento en particular por algo que le haya sucedido acabará pasando y desvaneciéndose, de la misma forma como llegó. Por lo tanto, debe tomar la resolución firme e inmediata de mantener dicha emoción constante, pues aun cuando la emoción pase de forma natural, cuando recibió tal emoción, fue con motivo de lo que le sucedió, y ello tiene el poder de devolverle a la persona aquel entusiasmo y recordarle cosas olvidadas, hasta el punto de cumplir con toda la Torá con total entusiasmo.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita

Decreto de vida

Cuando era un niño solía observar a mi padre encender muchas velas de aceite en memoria de los sagrados Tzadikim. Mi padre encendía gran cantidad de velas, tanto, que una vez lo oí decir que si tenía problemas de vista se debía al humo que emanaba de las velas. Sin embargo, él encendía meticulosamente velas para la elevación del alma de los Tzadikim con enorme alegría e intenciones especiales.

Un día, llegó de visita el señor Amram Ben Jamú, zal, precisamente cuando mi padre estaba encendiendo las velas. El señor Ben Jamú le explicó que sufría problemas cardíacos y los médicos le habían dicho que si tenía otro infarto, aunque fuera leve, no podría soportarlo y moriría.

“¿Le gusta el número veintiséis, el valor numérico del nombre de Dios, yod – he – vav – he?”, le preguntó mi padre.

“Sí”, le respondió.

“En ese caso, Dios agregará otros veintiséis años a su vida en mérito de los Tzadikim por quienes estoy encendiendo velas”. Esa fue la bendición de mi padre.

Alegre con la bendición que había

recibido, el señor Ben Jamú se marchó satisfecho.

Veintiséis años más tarde, el señor Ben Jamú sufrió otro infarto. Su esposa, quien lo había acompañado fielmente durante todo el camino, me llamó y me pidió una bendición para una completa recuperación. Le pedí que me dejara hablar con el enfermo, y él me dijo: “Rabino, quiero que sepa que estoy al borde de la muerte”.

“¿Por qué habla de esa manera?”, le pregunté sorprendido.

“Su padre —de bendita memoria— me dio una bendición para vivir otros veintiséis años. El próximo lunes se cumplen veintiséis años desde el día en que recibí su bendición. Estoy seguro de que moriré entonces y no hay nada que hacer”.

Ese lunes, su alma regresó al Creador. Yo aprendí una enorme lección acerca de la grandeza de los Tzadikim, que son capaces de decretar lo que ocurrirá. Dios cumple sus decretos en mérito de su apego a la Torá a lo largo de sus vidas. Asimismo, esta historia nos permite entender la importancia de encender velas a las almas de los Tzadikim, algo en lo cual mi padre fue meticuloso y que probablemente también ayudó a que se cumplieran sus palabras.

Haftará



“Bishnat mot hamélej Uziahu”

(Yeshayahu 6).

La relación con la parashá: se describe en la Haftará el tema de la revelación de la Shejiná en el Templo de Jerusalem, tal como en la parashá de esta semana se describe la revelación de la Shejiná a los ojos de todo el Pueblo de Israel en el evento en el Monte Sinai y la entrega de la Torá.



SHEMIRAT HALASHON

Persona catalogada como malvada

Todo lo que hemos dicho anteriormente —que está prohibido aceptar un chisme acerca de cualquier persona de Israel— es sobre una persona común; pero si la persona de la que se dice el chisme ha sido catalogada como malvada ya con anterioridad, debido a que se ha escuchado acerca de ella que varias veces ha transgredido intencionalmente prohibiciones, y esto es sabido por todo Israel, está permitido aceptar un chisme sobre ella.



Palabras de los Sabios

La santidad permanece intacta

“Limitarás al pueblo alrededor, diciéndoles: ‘Cuidense de subir al monte o de tocar su borde; todo el que toque el monte definitivamente morirá. Al sonar el shofar, ellos podrán subir al monte’” (Shemot 19:12-13).

Cuando la Torá fue entregada, el Monte Sinai era de lo más sagrado; al punto que cualquiera que lo tocara se hacía merecedor de la muerte. Pero inmediatamente después de dicho evento magno, dice el versículo: “Al sonar el shofar, ellos podrán subir al monte”; incluso los animales podían subir al monte, pues éste ya no tenía ningún tipo de santidad propia.

Hay algo que no queda claro: ¿cómo puede ser que un lugar sagrado como éste en el que la sagrada Torá fue entregada no haya permanecido con el más mínimo grado de santidad? ¿Qué diferencia tiene con el Templo Sagrado, cuya santidad permanece eternamente, aun cuando no está en pie?

Explicó el Gaón, Rabí Eliahu Eliézer Dessler, zatzal, mashguíaj de la yeshivá de Pónevitz, que así como está en manos de la persona tomar un pergamino y escribir en él un Nombre sagrado de Hashem, poniendo intención en la santidad de Hashem, y convirtiendo dicho pergamino en sagrado —al introducir santidad en algo material—, así mismo sucede con el Templo, donde la santidad se apoderó de un lugar propiamente material; por lo tanto, la halajá establece que está prohibido entrar en el lugar de la santidad, y que transgredir esto implica el castigo de caret. No obstante, lo que sucedió en el Monte Sinai fue sólo una revelación, pero no sucedió que la materia adquiriera santidad; por lo tanto, el lugar mantuvo su condición material tal como al principio.

Es cierto, en el Monte Sinai, la humanidad obtuvo un regalo; un regalo muy elevado cuya santidad no tiene comparación, pero ello no fue con un esfuerzo y trabajo por parte del hombre en el monte mismo; al contrario, desde el momento del recibimiento de la Torá, comenzó el trabajo. No obstante, el Monte Moriá es símbolo de trabajo, desde el momento en que Abraham Avinu ató a su hijo Yitzjak ahí con entrega total, hasta la ofrenda de los sacrificios, las plegarias y el servicio que se realizaba con todo el corazón y toda el alma en el Templo. Esto fue lo que santificó el lugar otorgándole el más alto grado de santidad, similar a la santidad que adquiere la persona que se esfuerza en el estudio de la Torá.

Se relata acerca Rabí Yosef Boxboim, zatzal, jefe y fundador del Majón Yerushalaim, que tuvo el mérito de vivir en el mismo edificio donde vivía el gigante en Torá, el Gaón de Tshabin (Trzebinia, Polonia), HaRav Dov Berish Videnfeld, zatzal, en la calle Even Shafrut, en Jerusalem.

Poco tiempo después de que falleciera el Gaón de Tshabin, Rabí Yosef salió de su apartamento y se encontró con Rabí Arié Levín, quien estaba de pie leyendo un libro de Tehilim en medio de llanto. Rabí Yosef tembló al verlo en esa condición y le pidió que le explicara qué le sucedía. Rabí Levín le respondió que necesitaba un lugar donde poder sentarse, rezar y suplicar por uno de sus conocidos que estaba muy enfermo.

En aquella época, todavía no era posible ir a rezar al Cótel HaMaaraví, pues la sección este de Jerusalem estaba bajo dominio jordano. Por lo tanto, Rabí Levín decidió que ahí, al lado del lugar donde había vivido aquel gran Tzadik, donde hubo tanto estudio de Torá y esfuerzo en ella, de donde salió la instrucción y la ley a Israel, ese era el lugar que los corazones en necesidad de salvación, consuelo, redención y respuesta habían encontrado para dirigir sus súplicas y rezos.

Cuando Rabí Yosef le relató el incidente a Rabí Shelomó Zalman Auerbach, zatzal, éste dijo que, en efecto, una percepción tan aguda como aquella es propia únicamente de Rabí Arié Levín, y no nuestra. Aun así, dijo Rabí Auerbach: “Incluso yo, cuando tengo la oportunidad de pasar por la casa de Rabenu, y recuerdo las horas de elevación bajo su tutela, siento una elevación del alma y de la conciencia”.



Jazak uvaruj

Reforzar la unión y recibir la bendición

Si quisiéramos entender hasta dónde llega nuestra obligación de amar al prójimo como a uno mismo, quizá podríamos lograrlo a través del siguiente relato.

El hijo de Rabí David de Laluv, zatzal, había enfermado y su condición empeoraba con cada momento, hasta que su vida llegó a peligrar. Los habitantes de Laluv, cuyo amor y admiración a su Rabí no conocía de límites, hicieron todo lo posible para despertar la misericordia del Cielo sobre el hijo del Tzadik. Convocaron a una reunión para plegarias y clamor, se reunieron en las sinagogas y los Bet Midrash para decir Tehilim, y llamaron al público a que todos se arrepintieran e hicieran buenas acciones.

Ciertamente, Hashem no despreció las plegarias de la multitud. No pasó mucho tiempo antes de que el hijo del Tzadik saliera del peligro, y poco después pudiera incluso levantarse de la cama y regresar a casa con su salud restituida, sin vestigios de la enfermedad.

El primer día en que iba a salir el niño de su casa hacia la calle, como cualquier otra persona, entraron varios de los jasidim del Tzadik para participar de la alegría del Rabí. Estaban seguros de que encontrarían a su Rabí con ánimos bien elevados, alegre y contento. Sin embargo, mucho se sorprendieron cuando encontraron al Rabí sentado en su silla, envuelto en llanto amargo.

“¡Rabenu!”, le dijeron sus jasidim, sin poder contener su asombro. “¿Qué hace llorando? ¡Es un momento de alegría! ¡Un momento de agradecimiento al Creador por Su bondad y misericordia!”. Aun así, les respondió el Rabí:

“¡No cabe duda de que tienen toda la razón! Mi boca está llena de alabanzas y agradecimiento a nuestro Padre que está en los cielos, el Creador del mundo, por haberlo curado de la enfermedad que padeció mi hijo y haberlo devuelto al mundo de los vivos. No obstante, cuando pienso en todo lo que hizo toda la congregación entera como consecuencia de la enfermedad de mi hijo, tengo en el corazón cierta sensación que no me deja tranquilo...”

“Me pregunto: ¿por qué la congregación se puso a rezar y clamar día y noche sólo porque se trata de mi hijo, pero cuando se trata de cualquier otro judío que es acosado por una enfermedad grave no vemos que se realiza tal esfuerzo?”

“Todavía estoy tratando de entender, ¿por qué cuando se trató de la enfermedad de mi hijo se recurrió a tales extremos, reuniendo a todos los miembros de la congregación para ayudarlo a salir de su enfermedad, viniendo a verlo y cumplir la mitzvá de visitar al enfermo para aliviarlo de su enfermedad, con un esfuerzo inmensurable por parte de la congregación, pero cuando se trata de un fulano cualquiera de la congregación que ha enfermado no se realizan tales esfuerzos?”

“¡La sagrada Torá nos ordenó: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’! La Torá nos ordenó amar a cada uno del Pueblo de Israel tal como nos amamos a nosotros mismos. Entonces, si cayéramos enfermos, ¿acaso no querríamos que se reuniera toda la congregación para rezar por nuestra recuperación con entrega total? ¿Acaso no quisiéramos que nos acompañaran en nuestro sufrimiento para aliviarlo en la medida de lo posible?”

“¿Dónde acabó esta mitzvá? ¿Dónde acabó ese sentimiento de unidad? Esto es lo que me pregunto, y por ello lloro”.

Con esto, concluyó el Rabí de explicar su condición, simple y, a la vez, poderosa...

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



HaKadosh Baruj Hu e Israel están casados

“Moshé sacó al pueblo al encuentro de Dios, desde el campamento, y estuvieron de pie bajo el monte” (Shemot 19:17).

Rashí explicó que “bajo el monte” es, simplemente, ‘a los pies del monte’, y que su explicación exegética es que el monte fue arrancado de su lugar y puesto sobre ellos como si fuera un barril.

Surge la pregunta: ¿Por qué Hashem vio la necesidad de poner el monte como un barril sobre ellos? Y se explica que desde que salieron de Egipto, HaKadosh Baruj Hu y el Pueblo de Israel estuvieron en proceso de matrimonio. Cuando salieron de Egipto, el Pueblo de Israel salió sin alimento ni bebida. Un gigantesco campamento de millones de personas, con una mayoría de mujeres y niños, tuvo fe en que Hashem Yitbaraj les proporcionaría el sustento, así como una mujer se apoya en que su esposo le proveerá de lo que necesita. Este fue el comienzo de la conexión matrimonial entre HaKadosh Baruj Hu e Israel. Hasta que llegaron al Monte Sinai, y allí entraron bajo el palio nupcial; el Monte Sinai fue el palio que Hashem puso sobre ellos.

En el palio nupcial, el novio le da a su novia un regalo de bodas, generalmente, un anillo. También el Pueblo de Israel recibió un regalo en su palio nupcial, un regalo de Hashem, y ello fue la sagrada Torá: el mejor y más bello regalo que existe en este mundo y el Venidero, más dulce y agradable que la miel.

Una novia que recibe un anillo de bodas de su esposo cuidará mucho de dicho regalo; no se lo daría a cuidar a nadie. Incluso no lo vendería, cualquiera que fuera la suma de dinero que le ofrezcan, pues ese anillo es el símbolo físico del amor y deseo que expresa su esposo por ella en el momento en que él la tomó por esposa. Y ese anillo es tan personal y próximo al corazón y al alma que ella no se desprenderá de él nunca. Así somos nosotros con nuestra sagrada Torá, la cual es para nosotros como el anillo de bodas; no la olvidaremos, ni la dejaremos nunca, ni la cambiaremos por todo el oro del mundo.

Una mujer no puede dejar a su esposo sin que él le dé su consentimiento. Aun cuando ella se escape de él al otro lado del mundo, aun estará vinculada a él, y sólo cuando el esposo le otorgue un guet y la divorcie, entonces se corta la conexión entre ellos. Así mismo el Pueblo de Israel está conectado con HaKadosh Baruj Hu, como una mujer y su esposo, debido a su “matrimonio” en el Monte Sinai. Por lo tanto, aun si escapáramos de Él, y nos escondiéramos, no se desconectaría nuestra relación con Él, y siempre estaremos apegados a Él. Y así como un esposo tiene la obligación de sustentar a su esposa y de proveerle todo lo que necesita, así Hashem Yitbaraj tiene la obligación de sustentarnos. Dichosos de nosotros que nuestro sustentador no es otro sino Hashem Yitbaraj.



No ofender a los Talmidé Jajamím

“Todo el que toque el monte ciertamente morirá”
(Shemot 19:12).

El Jafetz Jaím dijo en su libro acerca de la Torá: “Si el Monte Sinai, que no tiene conciencia ni sentimientos, fue santificado a través del recibimiento de la Torá, al punto que todo el Pueblo de Israel fue advertido de no tocarlo siquiera, con más razón que no se debe ‘tocar’, es decir, ‘ofender’, a un Talmid Jajam, quien estudió toda la Torá misma, pues tiene sentimientos y le afecta una ofensa. Quien ofende a un Talmid Jajam es como si introdujera una aguja en su propio ojo”.



Hombres de Fe

Enseñanzas de vida tomadas del libro “Hombres de Fe”
sobre los tzadikím de la dinastía Pinto

Desconectar la electricidad

Rabí Shimón HaCohén, nieto del sagrado Tzadik, Rabí David Ben Baruj, le contó a Morenu veRabenu que en una oportunidad había viajado de Mogador hacia Marrakech con su esposa. A mitad del camino, su esposa comenzó a preocuparse y le dijo que temía haber dejado la plancha enchufada y que eso pudiera causar un incendio.

Rabí Shimón de inmediato llamó por teléfono a su vecino en Mogador y le pidió que fuera a su casa a desenchufar la plancha. Ante su sorpresa, el vecino le dijo que no era necesario hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Rabí Shimón.

—Esta mañana, vino Rabí Jaím y nos pidió que desconectáramos la electricidad de tu casa, porque habían viajado a Marrakech y se habían olvidado la plancha enchufada.

Rabí Jaím llama a la puerta

Uno de los alumnos de Morenu veRabenu contó la siguiente historia:

“Cuando su abuelo Rabí Jaím HaKatán estaba en Marruecos, ocurrió un incidente fuera de lo común. Uno de los miembros de la comunidad sufría de un terrible dolor de muelas. Durante toda la noche, dio vueltas en su cama para un lado y para el otro, sin lograr dormirse. Rezó que en mérito del Tzadik, Rabí Jaím Pinto, Dios le diera alivio.

“De repente oyó que llamaban a la puerta. Alguien de la familia abrió la puerta y con sorpresa vieron que allí estaba Rabí Jaím HaKatán, quien dijo:

—Durante las últimas horas, no he podido dormir porque el jefe de esta familia ha estado rezando pidiendo a Dios que le enviara alivio por el mérito de mis sagrados antepasados.

“Rabí Jaím se acercó a él, le tocó la muela y el dolor desapareció de inmediato”.